

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1992

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS Y LINGÜÍSTICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA



ARCHIVO HISPALENSE

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1991



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 1958. I.S.S.N. 0210-4067

Impreso en Gráficas del Sur - Becas, 10 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2ª ÉPOCA
1992



TOMO LXXV
NÚM. 229

SEVILLA, 1992

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1992

MAYO-AGOSTO

Número 229

Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHÉN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

JOSÉ MANUEL AMORES

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M^a DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1
TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 Y 422 87 31
41071 SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

ARTÍCULOS

Páginas

HISTORIA

- BORREGO PLÁ, M^a del Carmen: *Sevilla, Puerto y Puerta de las Indias: La Marinería Oceánica hasta 1700.* 3
- CANO PAVÓN, José Manuel: *La enseñanza científica libre en Sevilla durante el sexenio revolucionario.* 25
- CIUDAD SUÁREZ, M^a Milagros: *Reglas fundacionales de la Hermandad del Santísimo Sacramento de la Iglesia de San Julián (1599)* 41
- JIMÉNEZ RODRÍGUEZ, Javier: *La represión franquista en Alcalá de Guadaíra durante la Guerra Civil.* 63

LITERATURA

- CUEVAS, Miguel Angel: *Un manuscrito inédito de José María Blanco White* 79
- LAURENTI, Joseph L.: *La colección de Nicolás B. Monardes (ca. 1493-1588): Fondos raros de los siglos XVI y XVII localizados* 91

ARTE

- MARTÍNEZ DE AGUIRRE, Javier: *El refectorio de San Agustín y la asimilación del gótico en Sevilla* 109
- MORALES, Alfredo J.: *Sobre Pedro Sánchez Falconete, maestro mayor del Ayuntamiento de Sevilla* 131
- RUBIO LAPAZ, Jesús: *La evolución clásico-espiritual de las ideas estéticas en las academias sevillanas del siglo de oro a partir de dos textos inéditos* 153

MISCELÁNEA

HERRERA GARCÍA, Antonio: <i>Comunicaciones presentadas a los Congresos IV al VI de profesores investigadores de la Asociación «Hespérides»</i>	175
AGUILAR PIÑAL, Francisco: <i>La boda de Forner</i>	181

LIBROS

Temas sevillanos en la prensa local	185
---	-----

CRÍTICA DE LIBROS

FRANCOSILVA, Alfonso: <i>El señorío toledano de Montalbán. De don Alvaro de Luna a los Pacheco</i> . Por Manuel González Jiménez	199
MANZANO RODRÍGUEZ, M.A.: <i>La intervención de los Benimerines en la Península Ibérica</i> . Por Manuel García Fernández	201
GARCÍA OLLOQUI, M ^a Victoria: <i>Orfebrería sevillana: Cayetano González</i> . Por M ^a Jesús Sanz	204
MORALES, Rafael: <i>Entre tantos adioses</i> . Por Carmelo Guillén Acosta	206
RODRÍGUEZ PACHECO, Pedro: <i>De libre edad (1964-1990)</i> . Por Enrique J. Rodríguez Baltanás	209
<i>El Gnomo. Revista de Estudios Becquerianos</i> , nº 1. Por Marta Palenque	210

UN MANUSCRITO INÉDITO DE JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

LITERATURA

En los últimos meses de la Ilustración y Crecer se encargó, por la Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas, de impartir un curso de Humanidades. La preparación, ya en 1834, de un *Programa y plan de sus Lecciones de Humanidades* (1) marcó al parecer el inicio de una actividad literaria de envergadura en la esfera que ahora presentamos. Sobre la *Historia del latín para el estudio de las Bellas Letras* (2), se trata de un manuscrito de veinte páginas, sin numerar, conservado entre los papeles de Juan María Blanco que recogió Vicente Lacroix y que está en la biblioteca de la Universidad de Pittsburgh. Presenta múltiples tachaduras, así como de una profusa tarea de corrección al autor, a pesar de lo cual puede caracterizarse que no resulta demeritado sobre el texto, más de las tachaduras, las erratas de concordancia, y aún de emendaciones, con frecuencia debidas a la corrección de una revisión final. Tiene la apariencia de una carta, cuyo redactor, además, a la vez de los documentos que nos quedan de la época, se desinteresó ya en el momento mismo del envío, como lo demuestra la ausencia de una fecha, así como de un destinatario. Puede pensarse si fue expedido como tal carta, o si, como tal, se ha leído en alguna reunión particular de literatos, — aunque más plausible parece esta última posibilidad, dada la sencillez del texto, trivial en la corrección.

(1) *Programa y plan de sus Lecciones de Humanidades que se dictarán en la Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas*, Sevilla 1834. María Mercedes Sánchez (Tratado sobre el Dr. Juan María Blanco y Crecer [Blanco] y su obra, Madrid 1931), pag. 206-207. Se conserva en la biblioteca de la Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas.

(2) Vicente Lacroix, a quien se debe la impresión sobre la edición de los trabajos del manuscrito, da el título *Compendio de Gramática Latina* en el catálogo del libro "Juan M. Blanco White, bibliografía de sus obras" editada por V. Lacroix, Barcelona, 1971, pag. 174.

UN MANUSCRITO INÉDITO DE JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

En los últimos meses de 1803 recibe José María Blanco y Crespo un encargo de la Real Sociedad Económica de Sevilla para impartir un curso de Humanidades. La publicación, ya en 1804, de un *Prospecto y plan de una clase de Humanidades* (1) movió al parecer a una polémica, uno de cuyos testimonios se encuentra en la carta que ahora presento *Sobre la no necesidad del latín para el estudio de las Bellas Letras* (2). Se trata de un manuscrito de veinte páginas, sin numerar, conservado entre los papeles de Blanco White que recogió Vicente Llorens y que custodia la Biblioteca de la Universidad de Princeton. Presenta múltiples tachaduras, propias de una primitiva tarea de corrección el autor, a pesar de lo cual puede suponerse que no insistió demasiado sobre el texto, pues no son infrecuentes los errores de concordancia, y aun de construcción, evidentemente debidos a la carencia de una revisión final. Tiene la apariencia de una carta, cuyo correspondiente, a la vista de los documentos que nos quedan de la época, es desconocido (no hay rastro alguno del texto entre la bibliografía, inédita o impresa), ni puede precisarse si fue expedido como tal carta, o si como discurso fue leído en alguna reunión particular de literatos —aunque más plausible parece esta última posibilidad, dada la retoricidad del texto, inusual en la corres-

(1) *Prospecto y plan de una clase de Humanidades que establece la Real Sociedad Económica de Sevilla*. Sevilla 1804. Mario Méndez Bejarano (*Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo (Blanco White)*, Madrid 1920, págs. 294-297) da un breve extracto del folleto. Es impreso rarísimo, por lo que cito a la vista del manuscrito conservado en la Universidad de Princeton.

(2) Vicente Llorens, a quien se debe la primera noticia sobre la existencia del manuscrito, da el título erróneamente como *Sobre la necesidad del latín...* (cf. J.M. Blanco White, *Antología de obras en español*, ed. V. Llorens, Barcelona, 1971, pág. 54).

pondencia de Blanco, y el prurito de habilidad elocuente de los jóvenes intelectuales de la llamada escuela sevillana— o si, en fin, no se dio nunca a la publicidad, quedando en ejercicio de estilo, pues a la vista de la clara interrupción con que concluye, no verdadero cierre de la disertación (hay un pequeño fragmento tachado al pie de la última página, cuya frase final ni siquiera se completa), cabe pensar en las hipótesis de que se trate de un manuscrito trunco o de un simple escrito inconcluso.

Las referencias al *prospecto* o al *plan* lo son al aludido programa del curso de Humanidades; así, la fecha de composición es casi con absoluta seguridad 1804. El párrafo que se menciona del *Prospecto* es como sigue:

En prueba de esto no se exige en la clase de Humanidades el previo estudio de la lengua latina. Sería de desear que todos los que hayan de concurrir a ella pudieran formar su gusto en los perfectísimos modelos que nos han quedado en aquel hermoso idioma y que difícilmente se podrán substituir por otros. ¡Oxala pudieran conocer sus originales en las producciones de los Griegos! Mas no porque quien conoce estas lenguas tenga muchas ventajas en el estudio de las Bellas Letras se ha de apartar del al que las ignore. ¿Le harán acaso falta para instruirse en los principios generales de toda buena composición y en las reglas particulares de cada una?... Fuera de esto, las mejores traducciones de los antiguos se hallan en la lengua que hablaron estos grandes hombres (Corneille, Racine, Bossuet y Massillon), y así ha parecido preciso exigir en los alumnos que hayan de ser recibidos a la clase de Humanidades una instrucción, mas que vulgar en la inteligencia del Francés, que supla la falta del Latin en quien no lo posea. Deberan, pues, estar instruidos en una de estas dos lenguas por lo menos. El estudio del Latin es mui comun en nr^a Ciudad, pero no habiendo la misma facilidad para el de la lengua francesa, tan util a todo genero de personas, ha tomado la sociedad baxo su proteccion una Academia destinada a su enseñanza que se tendra en las casas que S. M. ha destinado a este cuerpo para sus clases publicas (hs. 9s).

Al margen de otras consideraciones, la carta es índice sintomático de la ideología literaria de su autor: conciencia del carácter esencialmente placentero de la imitación artística, contaminación entre elementos sensistas e intelectualistas, una suerte de normativismo sentimental de tono menor... Por lo demás, las afirmaciones acerca de la elección de modelos tanto entre los antiguos como entre los modernos (en el manuscrito, específicamente, los escritores del XVI castellano) son equiparables a las que se dan en los representantes mayores del pensamiento literario español, desde Luzán hasta Quintana. Hablando, sin embargo, de lo que él mismo llama *artificio lírico*, alcanza Blanco un momento de alto interés teórico: entiende por artificio

lo que hoy llamaríamos *estructura*, frente al significado común que apela con esta denominación a la disposición de la sustancia del pensamiento acomodada a la dicción. El problema de la dilucidación teórica entre los conceptos de *res* y *verba* presenta un no pequeño grado de confusión en la especulación dieciochesca, que tiende en todo caso a asumir posturas eclécticas; en el ámbito hispánico es Arteaga quien de modo más claro insiste en la adecuación entre la voluntad expresiva del artista y los elementos formales de que se sirve como medio exclusivo para promover la conmoción sentimental. Blanco parece asimismo moverse en una línea de valoración del campo de lo formal, pues no hace alusión explícita alguna a cuestiones de materia, asunto o tema, antes las obvia a partir de su noción de artificio. Una inmediata referencia al *estilo*, sin embargo, aparece como limitación del alcance de dicha valoración, pero no necesariamente como reducción del coeficiente de expresividad individual del artífice de la obra, ya que cuando se apela al pensamiento no se hace a una hipotética sustancia universal, pues ello incidiría en el marco teórico de la materia, sino a la forma interna de esa sustancia en el creador. El inmediato desarrollo de la ideología literaria de Blanco subsanará la obligada provisionalidad en que por el momento es necesario instalar estas afirmaciones, dada la franca insuficiencia sistemática de sus pretendidas precisiones terminológicas.

No cabe, por otra parte, imputar originalidad alguna a ciertas apreciaciones acerca de la variabilidad del gusto, un rastreo de cuya presencia en el seno de los diversos desarrollos de los teorizadores setecentistas obligaría a una casuística desproporcionada; baste señalar que son inscribibles, en el marco del propio pensamiento literario ilustrado, en una dirección que no impide una progresiva superación de criterios de normatividad, pues la misma noción de gusto surge como antítesis dialéctica de las *reglas*: así, en Blanco, indican la existencia de un fondo teórico susceptible de avanzar hacia posiciones que centren su interés máximo en la valoración de los elementos expresivistas del producto artístico, como sucederá en el *Discurso sobre la poesía* (3), lección inaugural del curso sevillano cuyas tensiones documenta esta carta.

En la transcripción del manuscrito se han modernizado la grafía y la puntuación y subsanado algunos errores de concordancia debidos al estado de corrección primitiva del texto, indicando entre corchetes las lecturas hipotéticas si la corrupción es considerable. Se han respetado en todo caso las construcciones arcaicas del autor.

(3) *Lección inaugural del Curso de Humanidades en la Real Sociedad de Amigos del País de Sevilla* (cf. *Antología de obras en español*, pág. 161-181)

Quiero agradecer, por último, la amabilidad de doña Amalia, viuda de Lloréns, sin cuya ayuda hubiera sido muy dificultoso el acceso a este documento.

Miguel Angel CUEVAS

SOBRE LA NO NECESIDAD DEL LATÍN PARA EL ESTUDIO DE LAS BELLAS LETRAS

Mi estimado amigo:

Desde la primera disputa que tuvimos acerca de la absoluta necesidad de la lengua latina para el estudio de las Bellas Artes, he querido a cada momento tomar la pluma para presentar a usted con exactitud las razones que me mantienen en la opinión que tanto le ha incomodado. Pero aseguro a usted, amigo mío, que éste es uno de los casos en que la verdad aparece a mis ojos tan sencillamente y tan poco distante de los primeros principios, que he temido no tener qué decir cuando hubiere expresado el primer raciocinio. A pesar de esto, al ver que la disputa se acalora, que muchos sujetos instruidos han tomado partido en ella, y que mi modo de pensar ha causado un escándalo literario, me veo obligado a reunir cuanto le he dicho a usted en diversas ocasiones, a fin de probar si meditando a sangre fría halla que puede ceder algún tanto de la cruel oposición con que ha querido impedir mi plan.

He leído mil veces el párrafo de mi prospecto que ha dado motivo a la cuestión, y cada vez me admiro más de que en él haya podido tener origen. Puse tanto cuidado en hablar moderadamente y en no chocar con la más pequeña preocupación que pudiese quedar entre nosotros a favor de los métodos de estudios antiguos que creí, ¡necio de mí!, que el párrafo de la lengua latina no podría inquietar ni aun las conciencias de los más escrupulosos gramáticos. Tenga usted la bondad de sufrir que recuerde mi plan en extracto, y déjeme examinar el párrafo controvertido [para probar] si repitiéndolo cesa o se aumenta mi admiración.

Usted sabe muy bien cuáles han sido mis ideas acerca de la clase de Humanidades, cuya organización se fio a mi cuidado. Lo primero que me ocurrió respecto de este establecimiento fue que, reunido a los demás que ha fomentado la Real Sociedad Patriótica, completaba un curso de estudios que bastaba a la educación de cualquier ciudadano que no hubiese de cursar las Universidades. Esta idea me halagó en tal manera que desde luego creí que era la que más podía interesar al público a favor de la nueva clase. ¿Por qué, decía yo, no se han de extender las luces a todo género de personas? ¿Por qué se ha de monopolizar el saber y se ha de hacer una división total entre los literatos y los demás hombres? ¿Por qué, si el estado de cultura actual exige en todos cierta ilustración, no ha de tener medios de adquirirla sino el que tome por profesión el estudio? Yo imaginaba que estas reflexiones le ocurrirían

a los más del pueblo y que por tanto les sería muy grata la noticia de que se les preparaban clases en que no se enseñaría desde cátedra ni se obligaría a los oyentes a vestir de negro. En una palabra, la clase de un cuerpo patriótico debía ser popular cuanto pudiese serlo, y yo quise hacerla aparecer la de Humanidades bajo este aspecto. Era una consecuencia de esto no limitar el exigir de los que hubiesen de concurrir a la enseñanza los menos requisitos posibles. Con este intento examiné todo el plan que pensaba seguir y establecer en la clase y vi (como otras muchas veces había visto) que aunque el conocimiento de lenguas es utilísimo y casi necesario para el estudio de las Bellas Letras, había en él mil cosas independientes de esta instrucción y para las que sólo es necesario conocer bien el lenguaje patrio, como éste sea un idioma culto y formado. A la verdad, la necesidad de otros sólo nace de la escasez de obras maestras escritas en el lenguaje nativo, y por cierto que los griegos más sabios no supieron otro que el suyo. Así es que en los alumnos de la nueva clase sólo exigí aquella instrucción en este ramo que me pareció necesaria para llenar con modelos extranjeros la falta de los españoles. Si como tenemos muchos, los tuviéramos en todos géneros, siguiendo mi plan de hacer la clase para todos, no hubiera pedido instrucción en otra lengua que en la castellana. Era preciso alguna, y así escogí las dos más comunes entre nosotros: la latina y la francesa. Conté bien los modelos que necesitaba para la enseñanza: hallé que una u otra me ofrecía los suficientes para que, con los españoles, no me faltase ninguno, y creí que no cumplía con mi deber si pedía más de lo que necesitaba, limitando así el número de los que podían aprovecharse del establecimiento. Por esto anuncié al público que los alumnos de la clase de Bellas Letras *deberían estar instruidos en una de las dichas lenguas por lo menos*. Tal vez dirá usted que estoy dando por supuesto lo mismo que disputamos; pero aún no trato de probar su verdad: allá llegaremos. Esta es la narración para que invoqué su paciencia de usted.

Para decir que en la nueva clase se pedía uno de estos dos idiomas no es imaginable con cuánta precaución dirigí mi pluma. No porque yo imaginase que esto pudiera tener la más pequeña contradicción conociendo el fin con que se hacía, sino por evitar que alguno creyese que yo apreciaba igualmente al un idioma que al otro. Tanto poder tuvo esto en mí, que el párrafo proscrito no pudiera estar más a mi satisfacción si lo hubiera puesto temiendo la guerra que usted le ha suscitado. «Sería de desear» (¡por Dios!, acuérdesse usted de la venia pedida, que ya pronto entraremos en materia), «sería de desear —digo en él— que todos los que hayan de concurrir a ella (la clase) pudiesen formar su gusto en los perfectísimos modelos que nos han quedado en esta hermosa lengua (la latina) y que difícilmente se podrán substituir por otros.» ¿Puede decirse más a favor de la lengua que usted cree agraviada? ¿No se conoce a primera vista la repugnancia que me cuesta no exigir su perfecta inteligencia en los que hubiera de enseñar? ¿No he manifestado el motivo? ¿No se ve el molesto trabajo que intento tomar en buscar en otro idioma modelos que substituir a los de éste? ¿No está manifiesta la desconfianza de hallarlos? Usted y el partido que se ha formado me hacen sospechar que nada se ve de cuanto digo, y que por el contrario deben aparecer en estos encantados renglones mil atrevidos denuestos que a mí me parecieron al escribirlos unas razones modestísimas: tanto es el fuego que han encendido y tal la revuelta que han armado en la ciudad. Hombre muy grave ha habido que, según una persona verídica, bramó al oír mi desacato, y a fe, amigo mío,

que aunque me atemoriza la noticia, no he podido hallar en mi conciencia que merezca tanto furor. Si yo hubiera querido desacreditar el estudio del latín, si hubiera ensalzado la lengua francesa sobre todas las antiguas y modernas, si hubiera pretendido que en la clase de Humanidades se hablase en ella y se olvidase la castellana, no pudiera haber atraído más execración sobre mí. Cuando Feijoo empezó a despertar a la nación y a romper con su genio atrevido los grillos de las preocupaciones que tenían entorpecida la literatura española, no excitó tanto tumulto entre aquella turba de literatos de sùmulas el oírlo preferir para la instrucción de los jóvenes el conocimiento de la lengua francesa al de la latina. Yo, que no he dicho nada que se parezca a esto, me veo acometido con furor no ya por rancios ergotistas sino por gentes que se precian de buen gusto y, lo que no cesaré de admirar jamás, por usted cuyos exquisitos conocimientos en la amena literatura me constan íntimamente y no son misterio que respeto en silencio como los de muchos otros.

Pero, en fin, habiendo ya hecho ver el motivo exterior que me obligó a sentar mi proposición condenada y habiendo manifestado claramente que es una consecuencia inmediata del aspecto con que miraba la clase respecto del público, trataremos de examinar la proposición en sí y mirada en general. Yo mismo quiero ver si es tan herética en literatura como usted me ha ponderado muchas veces.

Toda la dificultad consiste en averiguar si de tal modo está ligado el conocimiento de las Bellas Letras con el de la lengua latina que sin éste no se pueda adquirir aquél, ni deba ser admitido a escuchar sus preceptos el que ignore este idioma.

Para discurrir con exactitud es necesario señalar cuál es el objeto de las Bellas Letras y a qué se reduce su enseñanza. Yo no quisiera recurrir tan a los principios, pero no tengo la culpa de que esté la cuestión tan enlazada con ellos; hablo con usted, y así no haré más que indicarlos.

Los varios objetos de la naturaleza tienen analogía con nuestras sensaciones, que de mil diversos modos nos halagan causando en el alma impresiones deliciosas. El hombre que ha recibido una facultad imitadora, queriendo multiplicarse los placeres que halla en esta fuente de todos ellos, la observa atentamente, advierte cuáles son las cosas con que más se siente movido y las copia del modo que más le place para repetir a su arbitrio estas dulces sensaciones. Esto lo hace ya valiéndose de signos que representan los objetos naturalmente, y de aquí nacen las Bellas Artes, ya valiéndose de las palabras, de donde tenemos las Bellas Letras, a quienes se pudiera dar este mismo nombre si el de *artes* no se hubiera reservado a las que tienen alguna parte mecánica. Ello es constante que tanto unas como otras se versan en imitar la naturaleza. Esto supuesto, que es demasiado vulgar para quien ha estudiado por principios, debemos inferir que las reglas todas de las Bellas Letras se han de tomar del original que imitan, y que en él se ha de hacer su principal estudio. Mas como este modelo está formado según leyes generales, quien las conozca y penetre bien podrá imitarlo sin temor de que degeneren en monstruos sus copias. Estas leyes no pueden conocerse a primera vista y sólo aparecen cuando se han comparado infinitas observaciones y se ha visto que todas están sujetas a un mismo principio. En una palabra, se hallan como todas las ideas generales. Pero, una vez halladas, estas leyes forman un cuerpo de doctrina que se puede enseñar metódicamente.

Esto es, por ejemplo, lo que está ejecutado por Batteux en la obra que he propuesto explicar en la clase de Humanidades. Sienta por ley primitiva de las Bellas Letras el principio de imitación, saca de aquí las más inmediatas consecuencias que son las otras leyes generales, sigue sus observaciones y encuentra reglas hasta llegar a los ramos particulares de la poesía y oratoria. Hasta aquí vamos conformes usted y yo; pero a mi pesar llega el tiempo en que empezamos a discordar. Una pregunta va a ser la señal de guerra: ¿se necesita del socorro de algún idioma extraño para penetrar la enseñanza que he indicado? La pintura que llevo bosquejada de un curso en que se enseñen los principios y los preceptos todos de las Bellas Letras no es otra que una filosofía, una metafísica en que se hace ver, si no la esencia, las leyes más generales de la belleza, atributo real que adorna el universo; en que se descubren las relaciones que tiene con el corazón del hombre; en que se enseñan los medios de hacerla aparecer en las copias que forman las palabras; y en que se descubren los descuidos y errores que la hacen desaparecer. Mas ya veo a usted que se carcome por preguntar dónde se han de dar verificadas estas reglas de filosofía sublime, o si quiero hacer del estudio de las Bellas Letras una escuela de cavilaciones metafísicas. Sí, señor: hemos llegado a la necesidad de los modelos en que se vean ejecutados los preceptos, pero con la ventaja de que, según lo dicho, no puede exigirse que sean en ésta o aquella lengua, que sean determinadamente éstos o aquéllos. Todos son buenos para aprender las reglas si imitan la naturaleza de donde ellos nacen. Supongamos lo que ya dije al principio, que pudiésemos formar con nuestros escritores una colección completa de modelos perfectísimos en todos los géneros de poesía y oratoria en que verificar las reglas y hacerlas conocer perfectamente a los estudiosos. ¿Se necesitaría entonces indispensablemente de la instrucción en alguna otra lengua para aprender un curso de Bellas Letras? O no hemos convenido en las partes de que consta este estudio o usted no puede decirlo. Yo no puedo hacerle a usted el agravio de imaginar que crea que saber Bellas Letras es saber a Virgilio, Horacio y Cicerón. [Infelices entonces los griegos!*] Luego es posible sin el auxilio de ninguna lengua extraña aprender las Bellas Letras. Mi proposición es general y no creo que de este modo admita duda. Se infiere, pues, que ninguna lengua puede ser absolutamente necesaria para este estudio en tanto que haya modelos que proponer en otras.

Habiendo llegado [a] reducir la cuestión a estos términos, para probar usted que no deben ser admitidos a la clase de Bellas Letras los que no sepan latín es menester que pruebe que no hay modelos en que hacerlas ver las reglas ejecutadas sino en esta lengua. Porque si los hay, aunque no sean comparables a los latinos, como sean buenos, no hay justicia para negar a estos infelices romancistas la instrucción que por ellos pueden adquirir. Este sería un extraño medio de proceder en una clase pública. ¿Qué diría usted si en las de dibujo se estableciera por ley que ninguno pudiera ser admitido a ellas si no juraba hacer un viaje a Roma para ver los modelos, que no verá sino en copias el que no fuere allá?

Entretanto amigo mío que usted no destruya esta razón que indiqué en mi plan, yo creo por una íntima persuasión de mi conciencia que no estoy obligado a dar otra;

* Tachado en el manuscrito.

y me admiro cada vez más de verlo emplear todo su influjo en poner obstáculos a la ejecución de un proyecto de que no me resultará ni más gloria ni utilidad que sacrificar mi quietud y mis fuerzas a la instrucción de mi patria, hasta que haya quien lo haga con la copia de saber que esta empresa necesita y a mí me falta. Yo no dudo ni un instante de la amistad y buena fe de usted, y por lo mismo se confunde mi imaginación al ver que pone en práctica en este caso todas las más difíciles y duras reglas con que la obligación modifica las de la amistad en los lances extraordinarios. Usted cree que debe de impedir de este modo el daño que va a hacer un amigo. Pero era menester que antes hubiera usted destruido a satisfacción de la razón más severa las razones con que este amigo prueba que trata de hacer un bien. Unas declamaciones vagas cuales son las que he oído no me parece que bastan en el caso presente. Yo voy a continuar mis razones, pero insisto en que no cuento con ellas para mi defensa hasta que se me satisfaga la primera.

He manifestado que era necesario probar que no había modelos algunos donde recurrir fuera de la lengua latina para negar a los que la ignoren la entrada a la clase de Bellas Letras. Veré si acierto a formar un juicio desapasionado en este punto, y por él inferiremos qué se debe pensar de la opinión de usted y de la mía. Quien oye el rumor que se ha esparcido en la ciudad con motivo de nuestra disputa, y no haya visto el plan que le dio origen, no será difícil que me tenga por un hombre que desprecia las obras de los antiguos y que se ha formado en tres o cuatro libros franceses, creyendo hallar allí cuanto ha producido de sublime y acabado el ingenio humano. ¿Juzga usted que exagero? ¿Pues qué significan todas las exclamaciones contra la corrupción que amenaza a nuestra lengua, a nuestra oratoria, a nuestro carácter, y en el sentir piadoso de algunas personas a nuestras costumbres? Ya se ve: ¿qué no puede temerse de un hombre que admite a una clase de Humanidades a quien sepa su lengua y entienda además de ella la francesa? En esta clase en lugar de oírse los nombres de Virgilio, de Cicerón, y otros de la venerable antigüedad, sólo resonará el sonsonete del alejandrino recitado con una pronunciación afectada y nasal. Ni sigo, ni hablo con usted en este tono. El carácter casi general del partido que usted ha levantado sin querer y que está muy lejos de merecer a usted por cabeza me ha puesto en un resbaladero que desde el principio he querido evitar. Por fortuna advierto en tiempo que me iba distraendo. Usted sabe muy bien mi respeto (no, esta palabra suele tener una acepción que me disgusta), mi amor excesivo a las obras de los antiguos en poesía y oratoria: usted sabe que Virgilio es el poeta que más habla a mi corazón, y que juzgo debiera llamarse las delicias de la humanidad; que Horacio me encanta, y que lo tengo por inimitable en su urbanidad y delicadeza. Mas nunca he creído ni creeré que estos sublimes escritores hayan agotado de tal modo el manantial de la belleza que los modernos no tengan obras que comparar a las suyas. Cuál sea el sentido en que uso esta palabra *comparar* me parece que lo explica bien mi plan. Yo aseguro allí y repito ahora que no tenemos en las lenguas modernas ni un Virgilio, ni un Horacio, y si esto no es bastante añado que no ha existido un Cicerón. ¿Cree usted que me contradigo ya? No dudaría hacerlo si creyera haberme equivocado: pero mi intento cuando dije que tal vez hallaríamos quien hubiese excedido a un Demóstenes y a un Cicerón fue otro que el que pueden atribuir a esta proposición los que no han querido entender las demás que van mucho más claras. Yo me explicaré de aquí a un momento.

Tiene usted segunda vez concedidas por mí las ventajas de los autores clásicos latinos sobre los modernos. En esto no hago más que repetir lo que dije en el plan. Pero, ¿son éstos acaso los únicos que pueden comparecer en una clase de Humanidades? ¿No se podrá suplir su falta de algún modo? Veámoslo según los ramos que deben ser su objeto. La enseñanza se reduce a los principios generales de las artes, a la poesía y a la oratoria. Lo primero no necesita de modelos. Ahora bien, siempre que un maestro de Humanidades tenga cómo hacer ver ejecutadas las leyes de la épica, las de la dramática y la lírica, tendrá cuantos ejemplos necesita para la enseñanza de la poesía. Empezando, pues, por la lírica, sufrirá usted que le haga un catálogo de los modelos que nos ofrece nuestra lengua. ¿Tendrá usted a bien que le repita los nombres de Herrera, de los Argensolas, de León, de Jáuregui y de todos aquellos cuyas obras maneja tan de continuo? Si no me dirigiera a usted, si mi intento fuera otro que manifestar sencillamente la verdad de nuestra cuestión, bien fácilmente pudiera vengarme de la contradicción que usted me ha hecho con un párrafo atestado de apellidos, de epítetos, de épocas y otras mil cosas de la varia erudición con que nos suelen atosigar en estos casos. No, señor; yo me contento con que acordándose usted de la atinada lectura que ha hecho en los líricos castellanos me conceda que, además de poderse aprender en ellos todo el artificio lírico, presentan una infinita copia de ejemplos incomparables en todo género de estilo. Usted y cualquiera aun con menos exquisito gusto y lectura me concederá esto, y yo suplicaré a usted que lo tenga presente.

He separado lo que llamo artificio lírico del estilo, y lo mismo hago en los demás géneros de poesía y oratorio. Una cosa es la disposición y el mecanismo, permítaseme este nombre, de una oda, de una comedia, de una epopeya; otra el por menor de los pensamientos, las bellezas de estilo y de dicción. Tampoco quiero que se confundan estos dos últimos adornos: el estilo y la dicción, aunque íntimamente enlazados, no se deben tener uno por otro. La belleza y el género del estilo nace principalmente de los pensamientos, el carácter de la dicción pende de las palabras. Supuestos estos principios que he indicado, hallo que los poetas castellanos bastan para proveernos de ejemplos de estilo poético y de dicción en todos géneros. Por ellos se puede aprender la lírica y nadie que los conozca ha dudado de esto. ¿Pero cuáles [serán] los modelos para la poesía épica? Si yo quisiera valerme del patriotismo exaltado que parece ser el carácter de los que han levantado el grito contra mi plan, les acordaría a nuestro Ercilla y seguiría tranquilo adelante entretanto que convinieran entre sí sobre la respuesta que debieran darme. Mas abandonando este medio, digo que Homero y Virgilio serán eternamente los modelos de la epopeya y que pueden serlo aún para los que no sepan latín ni griego. Lo que es característico y peculiar de la epopeya no se pierde en una traducción. La acción, el modo de distribuirla, su enlace con los episodios que la deben adornar, los caracteres de los personajes, el contraste que debe resultar de su diversidad, la máquina de que nace lo maravilloso y todo el artificio con que se mantiene el interés de los lectores, todo aparece en una traducción. La misma poesía de estilo, esto es, los pensamientos menores y de segundo orden, o los diversos aspectos con que se miran las mismas cosas en los varios géneros que abraza este arte, aparecen sin mengua en una buena traducción, aun cuando esté hecha en prosa. Ahora bien, si quien no puede recurrir a los originales puede comprender todo esto, si aunque pierda infinitas bellezas de dic-

ción puede recompensar esta pérdida con las que derraman por todas partes nuestras poesías líricas, ¿por qué diremos que no puede aprender Poética? Yo concederé cuantas ventajas se quieran respecto de los originales y de quien pueda versarse en ellos, pero por más que usted los exagere ni excederá el concepto que tengo de estas ventajas, ni probará su opinión. Hágame el favor de acordarse que demostré que para desechar a los que no saben latín era preciso que se probase que no había recurrido alguno para hallar modelos fuera de esta lengua.

Los hemos hallado excelente para la lírica. Valiéndonos de éstos para el estilo y la dicción, o hablando más al caso para las bellezas líricas, y haciendo conocer el artificio épico en las traducciones, los hallamos muy suficientes para que los discípulos no desconozcan la epopeya. Sólo nos resta encontrarlos para la dramática. ¡Oh, amigo, qué campo se me presenta si quisiera declamar contra los humanistas puramente latinos! Mas bien habrá usted conocido que no es éste mi ánimo. Me basta recordar que los latinos no nos han dejado una sola buena tragedia, y que las seis comedias de Terencio, no obstante ser unas piezas admirables, no bastan para dar a conocer las infinitas bellezas del teatro moderno, que son de un género muy distinto del que pudieron producir las costumbres de los antiguos.

Vengamos ya a la oratoria y examinemos brevemente si se podrá enseñar por modelos modernos. Puede usted estar seguro de que he tratado desde el principio de molestar [su] atención lo menos que pueda; pero a pesar de no hacer más que indicar las cosas, la carta ha salido más dilatada de lo que quisiera. Perdóneme usted la franqueza con que le digo mi parecer: cuando se trata de probar cosas muy claras o es menester presentarlas con su solo raciocinio, como dije al principio, o es preciso tomar muchos rodeos. El primer medio no bastó en mi plan y ha sido preciso tomar el segundo.

Aunque las reglas primitivas de las artes son invariables, no lo es la aplicación de ellas en los casos particulares. De aquí nace la diversidad accidental del gusto que se halla entre varias naciones y entre distintos tiempos. Ningún ramo de las Bellas Letras está más sujeto a estas variaciones que la oratoria. Como es un arte popular es preciso que en sus obras influyan directamente la religión, las costumbres y el gobierno. En vano querríamos comparar en rigor dos oradores que se hayan hallado en tan diversas circunstancias como Cicerón y Bossuet. Yo miro al primero como un portento de facundia, como un modelo perfectísimo de todos los géneros de estilo. Su lectura será el encanto de todos los siglos en que no se haya extinguido el buen gusto y el amor a la elocuencia. El conjunto de bellezas que presentan todas las obras de Cicerón lo hacen incomparable. Pero si se examina cada una de sus oraciones separadamente, si no se compara orador con orador, sino la mejor oración de Cicerón con la mejor de Bossuet, no me arrepentiré jamás de haber dicho que tal vez tenemos en este último quien lo sobrepuje. No es del caso hacer aquí una comparación analítica para probar mi proposición. No es menester más que acordarse de las circunstancias en que habló cada uno de estos dos oradores, y tener en memoria la grandeza que dan a la elocuencia los asuntos para que mi proposición merezca cuando menos un muy atento examen. El orador de Roma defendiendo con artificios la vida del culpado Milón ante un pueblo venal y esclavo de la ambición de César no pudo hallar en su imaginación los rasgos poderosos que halló en la suya el venerable

